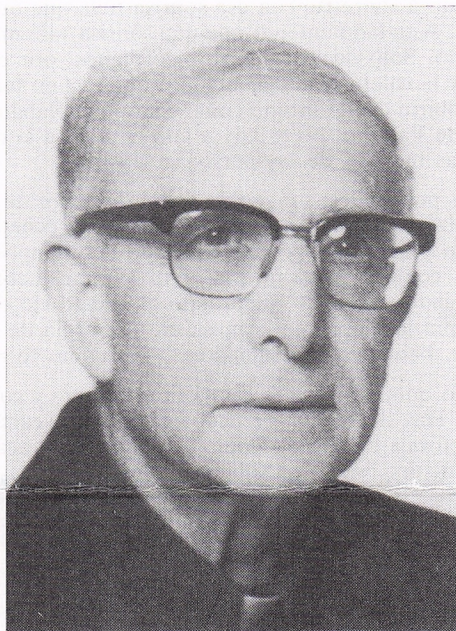


COLEGIO SALESIANO SAN MIGUEL ARCANGEL

Repullés y Vargas, 11 (Paseo de Extremadura) - 28011 Madrid



Francisco González Bellver

Hermanos:

Al finalizar el curso, y por tercera vez, os comunico con dolor y lágrimas retenidas la muerte de este querido hermano: frágil de cuerpo; niño de espíritu; corazón lleno de sufrimiento; alma de verso y palabra; caballero acorazado de fe y humildad. Así, cansado del diario bregar llegó, sin apenas armadura, a la casa del Padre Dios. Se presentó como invitado con esta tarjeta escrita de su puño y letra: «Señor, ten piedad de mí. He hecho de mi vida un continuo viernes santo. Aquí llego rendido con mi cruz».

Las hermanitas de la residencia finalizaban su plegaria del mediodía: «Santa María, ruega por nosotros ahora, y en la hora de nuestra muerte...»

Era el 23 de abril de 1987. Tenía 87 años.

Querido don Paquito:

Déjame que te siga amando por tu nombre como si nada hubiera pasado; aunque ha sucedido todo: te has ido de nosotros; pero, perduras en nuestro recuerdo fraterno. Te diré que ya no suena la chicharra que nos hacía correr para ayudarte; casi nos hemos quedado sin obras de misericordia, especialmente la de visitar al enfermo. En tu habitación ya no es Navidad... los pastores, los reyes y las ovejas las hemos guardado. Pero, estoy desvariando, no quiero hablar de nosotros. Seguro que has comenzado a sonreírte con esa sonrisa tuya que quebraba los labios en risa pícaro e infantil. A tu lado entendí que una sonrisa vale más que cien lamentos en cualquier mercado. Sólo decirte que te recordamos; por eso, quiero escribirte de tú a tú; al lado de la calefacción encendida porque ya no tenías calor en el cuerpo; me gustaría escribirte así de íntimo como cuando hablábamos en tu habitación. No te preocupes, don Paquito; no te voy a lanzar rosas a la cara; sé que también sus pétalos hieren las mejillas de las personas sensibles.

He leído tus apuntes personales; son, sobre todo, discursos de aquellas sobremesas ya en el desván de las comunidades. Los he leído y he echado de menos tu «voz de violoncello oscuro y quebrada por el chasquido del tiempo». Mientras su lectura, he recompuesto, como si fuera un puzler tu «figura quebradiza, geométrica y gozosa pregonando cantos de gallo quebrando albores». He oído el susurro de tu «lira grave que rompía las copas de la mesa en una orgía de cristal». Y tú, «sonriente, complaciente, benévolo y resignado». ¿Ves cómo te recordamos?

Ya sé que ahora, más que nunca, eres «alondra mañanera y cosecha de trigo en las parvas de Castilla». Has dejado ya de «cabalgar por los campos poéticos del romancero» con tu «retórica barroca, ampulosa, gongorina y acampanada» para ser, quién sabe, ángel, místico, santo, o todo a la vez.

Te veo delante del Señor y de la Virgen Auxiliadora musitando la plegaria de san Agustín que te cae como anillo al dedo: «Escribid, Señor, vuestras heridas en mi corazón, de manera que en ellas lea vuestro amor y vuestro dolor; a fin de que viendo vuestro amor os ame más cada día y viendo vuestro dolor, sufra por Vos cualquier dolor».

Tu vida fue un viernes santo continuo; ahora que lo he leído he comprobado que tenías conciencia de ello. De todas maneras, permíteme don Paquito, que te recrimine cariñosamente: Siempre fuiste un poco anciano. A los mayores les mimamos, les queremos y así fue contigo.

Todos sabemos que naciste en Onteniente; lo llevabas en el alma; cuando hablabas de él lo hacías llenándote la boca de sabor a limoneros y naranjos; tus padres, hermanos y familiares permanecían en la bruma de tus años infantiles. Luego, tu aspirantado en Campello, noviciado en Carabanchel Alto, tu profesión perpetua el 20 de junio de 1921 y todo el currículum hasta llegar al sacerdocio el 20 de junio de 1928.

¿Recuerdas tu primera obediencia de catequista a Atocha? Ya sé lo que me vas a decir: «el pequeño clero». He visto una fotografía; ya tenías aire de canónigo, o quizás de cardenal... y te quedaste en sacerdote bueno, en salesiano simpático. Hiciste buena baza. ¡Cuántos años en Atocha! Tus antiguos alumnos repiten con una cantinela entre lo cómico y lo esperpéntico: «Atocha, Atocha, Atocha...» Con todos ellos hablé después de tu funeral.

El teatro, los grupos, las clases, los patios, la iglesia quedaron grabados y dejaron huellas memorables. Supiste de alegría y llanto. Aprovechaste todos los momentos de tu tiempo hasta la saciedad. No me extraña que escribieras: «En este caminar a través de este mundo de incomprensión y de fátiga, el tiempo es el navío en que

bogamos hacia las playas eternas a las que vamos en busca de esa patria de luz y armonía que descubren nuestros ojos más allá de las estrellas...»

Y luego, Guadalajara de confesor, Arévalo. Y allí te conocí. Parecías el abuelito de Caperucita Azul de la zarzuela de don Felipe Alcántara: «¡Anda, abuelito, cuéntanos un cuento!». Y a los aspirantes nos contabas cuentos en las buenas noches, cuentos en las homilías, cuentos en las novenas: «¿Queréis que os cuente la historia del girasol?». Y te escondías en lo más adentro del púlpito para surgir de repente, con voz de trueno y figura de fray Gerundio de Campazas para decirnos: «Os lo cuento». Era la novena de la Inmaculada de 1962.

Te gustaba confesar: aspirantes, salesianos, monjitas: algunas de ellas te visitaban hasta momentos antes de morir. Y así continuaste hasta el final, repartiendo el perdón de Dios y siendo apóstol de este sacramento como un Don Bosco a lo pequeño.

Llegaste al Paseo de Extremadura y aquí has estado veinticuatro años. Tú sabes que en este tiempo ha habido de todo: alegría, sufrimiento, cariño, plegaria, y ¿por qué no? alguna riña cariñosa cuando te ponías demasiado mimoso.

Sabes que tuvimos que llevarte a una residencia, que tuviera monjitas como tú mismo me pediste y se lo dijiste al médico. Ya no te podíamos atender como tú merecías... y ¡qué bien fuiste cuidado por esos ángeles blancos de las hermanas! Los salesianos de la comunidad te visitábamos entre semana, y especialmente, sábados y domingos. Tus detalles y golosinas no te faltaban. Alguien, hay gente para todo, decía que estabas solo y que no te visitábamos... sabes que nunca fue verdad. Pero, dejemos esto ¿no te parece? Tú, nosotros y Dios sabemos el cariño que esta comunidad te tenía; de lo otro, como Sancho, echemos pelillos en la mar.

Dostoiesky decía: «Sé que las personas pueden ser hermosas y felices conservando la bondad mientras viven en el mundo». Y tú has sido bueno; nos has dejado una estela de bondad de niño, de infancia espiritual, como Teresita de Jesús. De ti no salía un quejido de tu cuerpo llagado, ni una palabra más alta que otra. Viste la vida como una pradera en donde los hermanos están llamados a florecer; y viste en ellos flores de siemprevivas de agradecimiento, de amapolas de sacrificio que agradecías, de margaritas de humildad... ¿cómo lo hacías? ¡porque es difícil! Sí, se me olvidaba; tú, como Pablo, también lo podías todo en Aquel que te conforta. Sobre todo, impresionaba el que nadie te oyera una palabra destructiva, de sabor a crítica, de rechazo de autoridad. Eras maestro para aquellos discípulos que desean aprender estas lecciones de la vida; porque hoy lo que se vende en los mercados, y también por desgracia en el religioso, es la crítica amarga, la propaganda de panfletos catastrofistas, el falso pregón de campañas contra cualquier forma de autoridad y contra la fraternidad. Tú venías del silencio y perdiste tu voz cantando al viento y nunca compraste tal mercancía. Te felicito don Paquito porque pienso en las palabras de Clemenceau: «Si cada cristiano tuviese en sus venas una sola gota de sangre de san Francisco de Asís, se habría ya transformado el mundo». Tú tenías sangre del santo de Asís y de san Francisco de Sales. Ahora, seguro, Dios será tan gran recompensa. Así lo dejaste escrito: «¡Cuántas virtudes podríamos alcanzar si fuéramos fieles en aprovechar todos los momentos: la humildad, la caridad, la paciencia, la dulzura...!».

Don Paquito, hasta el final, amaste la vida. Nunca te oí hablar de la muerte, ni siquiera cuando te dimos la extremaunción delante de muchos hermanos. Para ti la vida era el Dios hecho don en la pequeñez y fragilidad de tu cuerpo. Y este tiempo de existir te preocupaba, y procurabas que fuera un canto al Creador y a los hermanos. Así lo recojo, como un manojo de pensamientos, en este pequeño diario lleno de florecillas que encontré: «Tengo el consuelo de ir envejeciendo paulatina-

mente, acosado por los años, al mismo tiempo que canto el magnífico salmo de la eternidad»... Por eso, ved qué bueno y delicioso es vivir los hermanos unidos... Desde la cima de mis largos años oteando el horizonte lejano os diré con el poeta: «¿Qué es la vida? el sueño de un momento, onda que pasa, sombra que se aleja, ave tímida y rauda que no deja ni el rastro de sus alas en el viento... De un momento depende nuestra salvación. ¡Cuánto importa emplearlo bien! Es menester que lo aprovechemos en conocer y amar a Dios... No hay tiempo que perder, pues no podemos comenzar de nuevo la página de nuestra vida. No se nos dará otra». Esta fue la filosofía que encauzó la existencia que Dios te dio y la vida religiosa a la que te llamó. No has hecho grandes obras, ni tuviste grandes compromisos. En esto no tuvo mucha visión profética cuando apenas profeso, don Binelli te dijo: «Paquito, juntos haremos grandes cosas». La mayor que hiciste, ya te lo he dicho, ha sido esa vida rebosante de sencillez, de bondad, de dulzura y de unión con Dios.

Dicen que la fe ve el rostro de Dios en cada hermano. Y tú lo hiciste; pero, también el rostro de cada hermano te hizo ver el de Dios. Cada vez que te llamábamos estabas orando y cuando orabas te abrías como el cielo azul a la contemplación. Tu oración era de niño, de corazón de hijo a corazón de Padre. En Dios te hiciste barro para hacerte esperanza pujante; tus oraciones, tus medallas, tus vírgenes y estatuillas, tus plegarias a base de frases hechas eran dardos que se dirigían a manifestar la presencia de Dios y de la Virgen como centro de tu vida. Ante la mirada de la Auxiliadora te hacías pequeño, frágil, cariñoso: «Virgen Santísima, lo ofrezco por ti». «Sagrado Corazón de Jesús, todo por el perdón de mis pecados». Y seguías sufriendo en silencio, acurrucado con el dolor y la muerte más que la vida; parecíais aguiluchos que echaban sus plumones. No tenías en los últimos años razón para el optimismo, pero tu esperanza aumentaba de día en día. Y tú, ¿qué hacías? Callar, sufrir y en tu silencio creabas amor, sembrabas flores de ternura y cariño.

No quiero extenderme más, don Paquito. Mi intención no ha sido hacer una etopeya ni de tu persona ni de tu vida. He querido recordarte con sencillez y cariño en unas líneas, expresión de mi admiración y del dolor de todos los hermanos, aunque yo haga de pregonero.

¡Descansa en paz! Has luchado, has llevado muy adentro el darte al dolor, al silencio y a la vida con Dios. Me gustaría decirte que te has derramado en la existencia sintiendo más las estrellas del cielo que la tierra de nuestro mundo. Saluda a María Auxiliadora, a Don Bosco y a todos los santos nuestros. Pídeles que nos hagan fieles, acogedores, dialogantes para un mundo que busca más testigos que profetas.

Ahora, estoy seguro, oírás bien la campanita de Belén porque en ti ya siempre es Navidad. Cristo se ha hecho en ti definitivamente débil y frágil como en Belén... y porque has muerto, ya estás resucitado. Esta comunidad entona un canto pascual: «Alegría, si es que nos queremos es porque Cristo resucitó...» Y te resucitó. Alelu-ya...

Se despide de ti y en nombre de todos los hermanos de esta comunidad

JULIÁN SÁNCHEZ MORA
Director

P.D.: ¡Ah! Se me olvidaba decirte que todavía hay sol en los almendros.

Madrid a 20 de julio de 1987

DATOS PARA EL NECROLOGIO: Sacerdote, *Francisco González Bellver*, nacido en Onteniente (Valencia), 8 de noviembre de 1899; muerto en Madrid (Paseo de Extremadura) el 23 de abril de 1987, a los 87 años y 72 de profesión.